

Ciclo C: XIV Domingo del Tiempo Ordinario

Rosalino Dizon Reyes.

Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu (Lc 23, 46)

Sufrimos. Nos herimos y nos dañamos. No estamos exentos de las aflicciones y las enfermedades. El mismo día de nacer, ya tenemos la edad suficiente para morir.

Con todo, se les promete a los misioneros del reino y la sanación de Dios que nada les hará daño. Los enviados por Jesús—aun sin ser de la «jerarquía»—reciben de él la potestad para resistir a Satanás.

No les dice Jesús que vayan a cazar serpientes para que luego las demuestren vivas en las manos. Promover la paz es parte de su misión, pero no reina aún la armonía perfecta profetizada en Is. 11, 6-9.

Por ahora, cuanto más lejos del áspid y de la serpiente, mejor. Y, ¡cuidado!, que aún son depredadores los lobos, las panteras y los leones. Los corderos enfrentan daño y estrago todavía.

Quedando así la realidad, entonces la promesa de Jesús debe tener este otro sentido: ningún daño se les hace a quienes, sufriendolo, no se dejan vencer por él. Harán y verán a Satanás caer del cielo los discípulos que imiten al Maestro.

Éste, sometido al suplicio de la cruz, afirma su confianza en el Padre. Le invoca de todo corazón, entonando: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».

Como el Siervo Sufriente, Jesús es el cumplimiento de lo que el pueblo israelita debe ser: totalmente sumiso al Señor y fiándose de él, ungido con el Espíritu y enviado para evangelizar a los pobres, la luz de las naciones, la justicia y la alabanza ante ellas. Su fidelidad en medio de las tribulaciones será recompensada; el Señor lo consolará.

Sí, como Jesús hemos de ser. Correremos perseverantes la carrera misionera, fijos los ojos en el que soportó la cruz y ahora está a la derecha del trono de Dios. Despreciaremos la ignominia del sufrimiento y no nos dejaremos abatir. Nos alentaremos pensando en los innumerables mártires, más numerosos hoy que ayer (Papa Francisco).

Nuestra confianza en Dios será tal que, fundados en el amor, tendremos por cierto—como nos enseña san Vicente de Paúl—que nada malo nos sucederá y que

todo nos servirá para el bien, aunque parezca que estamos a punto de perecer (*Reglas comunes de la C.M.* II, 2; XI, 732).

Y rogaremos confiadamente al dueño de la mies, sin inquietarnos demasiado de lo pocos y a veces escandalosos que son los obreros. Los alarmistas, inclinados a la acritud, nos acordaremos del consejo vicentino sobre la manifestación del Señor no en la conmoción, sino en la tranquilidad (II, 61-64). Quizás el dueño ya manda segadores y segadoras, pero sin que los reconozcamos, vueltos locos nosotros de rigidez (Papa Francisco) y ebrios de las expectativas acostumbradas.

Nos fiaremos además de las instrucciones misioneras de Jesús. Le importan la colaboración y la compartición. Pide que sus colaboradores seamos pobres, comiendo y bebiendo de lo que tengan los misionados, sencillos, resueltos, y tan desinteresados que evitemos incluso toda apariencia de oportunismo. Quiere que estemos dispuestos a ir con ligereza y con sentido de urgencia a nuestra misión, sin retrasarnos a causa de mucho equipaje.

Finalmente, nos gloriaremos de las marcas del sufrimiento y seremos constantes en proclamar la muerte del Señor hasta que vuelva. Así se indicará que tenemos vencido a Satanás, sí. Pero será, sobre todo, nuestra confesión viva de que lo milagroso que cuenta y nos alegra no es que nada nos haga daño, sino que lo soportemos para hacernos como el Sanador Herido.

Fuente: Somos.vicencianos.org (con permiso)